

Frederik Berger

LA HIJA DEL
PAPA

bóveda

Título original: *Die Tochter des Papstes*
Editado en Alemania por Rütten & Loening,
marca registrada de Aufbau Verlag GmbH & Co. KG, Berlin.

Negociado por Aufbau Media GmbH, Berlin.

Primera edición: 2011

© Aufbau Verlag GmbH & Co. KG, Berlin, 2008

© traducción: Patricia Losa Pedrero, 2011

© de esta edición: Bóveda, 2011

Avda. San Francisco Javier 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

www.editorialboveda.com

ISBN: 978-84-939126-0-4

Depósito legal: M. 26.614-2011

Impresión: Huertas Industrias Gráficas, S. A.

Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

PRIMER LIBRO. La muerte del hermano	11
SEGUNDO LIBRO. El voto	99
TERCER LIBRO. Conócete a ti mismo	185
CUARTO LIBRO. En enaltecimiento del Señor	293
QUINTO LIBRO. Apocalipsis	451
Epílogo	719
Personajes	727
Aclaraciones adicionales	733

Para Patricia

PRIMER LIBRO

La muerte del hermano

CAPÍTULO 1

Roma, palazzo Farnese – 10 de abril de 1513

CONSTANZA FARNESE DISFRUTABA DE LA VIDA. FUERA, EN LA calle, bramaba la tempestad, y un viento violento sacudía los postigos, pero a ella no le preocupaban aquellas sacudidas y rugidos, ni siquiera el repentino trueno que estalló como una explosión, seguido a continuación de estridentes gritos infantiles.

Desde la elección de León X como nuevo Papa, reinaba en Roma sobre la casa Medici una atmósfera risueña que se extendía a la familia Farnese. Si bien era verdad que el padre de Constanza, Alessandro, cardenal desde hacía veinte años, no había sido elegido él mismo Sumo Pontífice, sí había sido responsable de que la tiara reposara sobre la cabeza de un amigo de la familia y esperaba, como la mayoría de los romanos, el inicio de una edad dorada: los ducados corriendo a espuestas, encargos a los artistas más importantes, el jolgorio de las procesiones, del teatro y de la música. *La Roma aeterna*, que durante el reinado de los últimos Papas había despertado del sueño de la Edad Media, se estaba convirtiendo en el centro del mundo, meta de todos los peregrinos; y ella, la única hija fémina y favorita de su padre, crecía entre el esplendor y la abundancia, en el poder y el señorío de las familias dirigentes de Roma.

Embriagada de alegría, bailó por su dormitorio y se admiró a sí misma frente a su espejo de marco dorado colgado de la pared. El orgullo relucía en su mirada mientras contemplaba su nuevo vestido



de seda azul oscuro, con lirios bordados, cuyo cuello púrpura acariciaba su fina garganta y cuyo escote dirigía la mirada a su floreciente feminidad. Parecía una condesa, y como tal quería presentarse en los grandes festejos del día siguiente.

En realidad, debía estar pendiente de sus hermanos Paolo y Ranuccio, que chapoteaban en la tina en la que tomaban un baño pero, ¿para qué estaban las camareras y criadas? Como futura *contessa* tenía mejores cosas que hacer que ejercer de niñera y vigilar a sus traviesos hermanitos. Ranuccio, el menor, de cinco años de edad, era el más difícil de controlar. A menudo retozaba por las habitaciones como un cachorrillo emitiendo una y otra vez grititos de gozo, o recorría la casa montado en un caballo de juguete, agitando belicoso una espada de madera. En aquel momento, no obstante, no se le veía por ninguna parte, por lo que probablemente hubiera ido a buscar a Paolo para iniciar alguna guerra de chapoteos. Paolo, de nueve años, solía ser más tranquilo y contenido, y apenas necesitaba supervisión. Solo cuando se metía en la tina del baño le entraban ganas de salpicar y alborotar.

No era nada fácil para ella ser hermana mayor de tres chicos, y no era solo porque Ranuccio casi nunca le obedeciera. Estaba, además, Pierluigi, que había llegado al mundo tres años después que ella, en un sucio establo igual que el niño Jesús, pero las semejanzas con éste terminaban ahí. Si Jesús había sido una criatura adorable de rizos rubios, Pierluigi, bajo sus hirsutos mechones oscuros era, por el contrario, malintencionado, mentiroso y descarado. Disfrutaba torturando animales, y a sus hermanos pequeños, particularmente a Paolo, que no sabía cómo defenderse. Se atrevía incluso con ella, la mayor. Cuando no había nadie mirando, le propinaba empujones y codazos. En una ocasión, la muchacha le contestó con un bofetón, y entonces él la golpeó tan fuerte que hizo que le sangrara la nariz. Después de aquello su padre le había propinado una buena tunda de palos, sin lograr mejorar su comportamiento.

Pierluigi había estado a punto de costarle la vida a su madre durante su nacimiento, y casi parecía que quisiera atentar contra las

de sus hermanos. Solía inmovilizar con alguna llave a Paolo y estrangularlo hasta que se ponía azul. Por suerte eran escasos los momentos en los que ambos se encontraban solos en una habitación y las malas artes de Pierluigi se mantenían sin vigilancia. En la mayoría de las ocasiones, había algún sirviente rondando por los pasillos, o alguna criada aparecía por la estancia. La *famiglia* Farnese se componía, ciertamente, de cientos de miembros pero, puesto que el *palazzo* era grande, reconstruido y ampliado continuamente desde que ella tenía uso de razón, y dado que, por causa de una construcción compleja, eran frecuentes las reestructuraciones que mantenían muy ocupado al servicio, se daban ciertos momentos en los que faltaba la necesaria supervisión.

En aquel preciso instante, no se veía a ninguna doncella por ninguna parte, ni a Ranuccio, y por suerte tampoco a Pierluigi, ni siquiera a la *mamma*. Constanza se volvió sonriente hacia el espejo y se colocó las perlas que, sobre la frente, justo al inicio de la línea del pelo, subrayaban la raya que dividía su melena. No había sido tarea sencilla sujetarlas ahí; Bianca, su doncella, la había ayudado, pero ya comenzaban a soltarse.

Las perlas brillaban con tonos nacarados sobre la pura y alta frente.

Constanza se inclinó sobre una rodilla, bajó la cabeza como si quisiera besar el anillo de un Papa invisible, se enderezó de nuevo y miró a la lejanía con el orgullo de una condesa...

De pronto, se oyeron más gritos. Sin embargo, en esta ocasión no había estallado ningún trueno o relámpago. La tormenta parecía haberse alejado.

Constanza agudizó el oído: no solo había sido un grito, sino muchos que se repetían, desesperadas llamadas de socorro, llantos histéricos, carreras... Se dirigió apresuradamente al origen de aquel escándalo, que debía encontrarse en el baño, puesto que todo el mundo, incluidos los mozos de cuadra, subían a toda prisa las escaleras. Constanza reparó entonces que sí debía haber prestado atención a sus hermanos, puesto que Baldassare Molosso, su maestro y

tutor, no se encontraba aquel día en el *palazzo*; puesto que las perezosas criadas siempre buscaban excusas para irse a tontear con los obreros...

En torno a la tina se arremolinaba la *famiglia*, incluido Ranuccio, que aullaba, más que lloraba, y antes de que Constaza llegara a ver a su madre, descubrió a Paolo tendido en el suelo, desnudo y mojado, inmóvil, pálido, espantosamente pálido, con una blancura de un tono mortecino.

Entonces, apareció su padre. Prácticamente voló en su sotana, se arrodilló junto a Paolo, le cogió de la cara, le abrazó contra su pecho. De la boca de Paolo salió agua. Agua, no sangre. Sin embargo, no tosió, los brazos le colgaban inertes, los ojos miraban ciegos al techo.

Su madre se arrojó sobre ambos, arrancó a Paolo de los brazos de su padre, lo sacudió, lo golpeó en las mejillas, lo apretó contra ella, lo besó, lo llamó por su nombre, desesperada, una y otra vez...

Paolo no se movió.

Paolo no despertó.

Paolo estaba muerto.

Lentamente y con cuidado, la madre lo depositó sobre el suelo, comenzó a sollozar con vehemencia y escondió la cara en un pañuelo.

Los gritos y el gentío crecieron por igual, llamaban suplicantes a un médico.

El padre cerró los ojos vacíos e inertes de Paolo, hizo la señal de la cruz, tomó una de sus manos y se la colocó en la mejilla.

No sirvió de nada.

La soltó lentamente, cerró los ojos, juntó sus manos frente al rostro, como en una oración, pero no dijo nada, ni siquiera movió los labios. Tras unos instantes mandó envolver a Paolo en un lienzo claro. Una vez cumplido su deseo, lo alzó y lo transportó despacio, precedido por la madre, que iba deshecha en lágrimas, hasta la capilla de la casa. Los lamentos crecieron a su alrededor. Con sumo cuidado, colocó el pequeño cuerpo ante el altar y tiró del paño. Posó delicadamente la mano sobre el pecho de Paolo, rezó una oración en voz baja, le apartó el pelo de la frente y le besó los ojos.

La madre se arrodilló junto a ellos, abrazó una vez más a Paolo y lo posó de nuevo, vacilante. Cuando se levantó, su mirada empañada en lágrimas se cruzó con la de Constanza y se clavó en la muchacha.

Ésta se escabulló en silencio por la galería de mármol blanco hacia la habitación. Sentía la mirada de su madre en la nuca, le dolía como una quemadura. Obediente, había cuidado de los dos niños durante un rato, por lo que Bianca, que debía bañar a Paolo, creyó que podía alejarse. Quizá solo pretendía ir a recoger una toalla caliente. De improviso había aparecido Pierluigi, con aquella expresión infernal que no prometía nada bueno, y se había dedicado a salpicarla hasta que logró empaparla, mientras empujaba a Paolo bajo el agua. Siempre era igual, Pierluigi tenía que molestar a todo el mundo.

Llevaba puesto el vestido de seda del *possesso*, el desfile festivo del nuevo Papa con la consiguiente celebración, y no quería que tuviera manchas: odiaba la humedad. Por eso había dejado a Paolo solo con sus hermanos pues, al fin y al cabo, Bianca iba a volver en seguida y, además, ¿quién se ahogaría en la tina del baño?

¿Quizá Pierluigi...? ¿Quizá sin querer...?

¿Y a dónde había ido Ranuccio?

¿Cómo podía ahogarse alguien en los pocos minutos que estuviera sin supervisión? Paolo, a sus nueve años, ya no era un niño pequeño.

Constanza se arrojó sobre la cama. Las lágrimas manaban de sus ojos: ¿sería realmente responsable de la muerte de su hermano? Paolo siempre había sido tan bueno, tan callado y tan tierno, que nunca había sido capaz de defenderse de Pierluigi, mucho más teniendo en cuenta que Pierluigi era un año mayor, y más fuerte que él. Quizás, en aquel momento en que nadie miraba, le había empujado bajo el agua durante demasiado tiempo y finalmente...

No podía haber sido a propósito.

—Aquel pensamiento rondó su mente, y su frente se cubrió de sudor. Solo podía haber ocurrido así. El incordio y el fastidio se habían vuelto de pronto algo mucho más serio.

Cuando el cojín sobre el que apoyaba el rostro estaba ya empapado, oyó que llamaban. Rosella se encontraba en la puerta.

—Tu padre te espera en el estudio.

El rostro deforme y tuerto de la doncella de su madre estaba fijo en ella, como grabado en piedra.

Constanza pasó agachada ante la erguida figura de Rosella y se dirigió con discreción al estudio de su padre, donde aguardaban sus dos progenitores. Constanza iba a arrojarse llorosa a los brazos de su madre, pero un agrio toque de atención de su padre hizo que se detuviera en seco.

—¿Por qué no te quedaste cuidando a tu hermano como se te ordenó?

—Pierluigi me salpicó —lloriqueó ella, encogiéndose.

Su padre alzó la mano, como si fuera a abofetearla, pero más bien se trató de un gesto de nerviosa impaciencia, que viniera a mostrar lo ridículo de aquella excusa. El hombre se volvió, miró un momento por la ventana y se pasó la mano, inquieto, por el rostro.

—Bianca debía lavar y secar a Paolo —gritó Constanza—, y había criadas por todas partes...

La expresión de su padre cortó el reguero de palabras. Ella le quería, y sabía que, aun siendo solo una muchacha, era todo su orgullo. Él amaba a todos sus hijos, jugaba con ellos a las cartas, incluso disfrutaba, tan travieso como ellos, cuando realizaba imitaciones cómicas de sus compañeros cardenales y de la forma de caminar de Baldassare Molosso, que agitaba con afectación los brazos y tropezaba una y otra vez con su propia ropa... Y también salía a cabalgar con ellos por los viñedos, e incluso luchaba con Pierluigi, naturalmente jugando y con una espada de madera, y componía versos con ella, su única hija, y recitaba a Horacio y Lucrecio...

—¡Lo siento mucho! —exclamó Constanza, rompiendo de nuevo a llorar.

—Eso no arregla nada —repuso su madre con voz apagada.

—¿Sabes lo que ha descubierto el médico? Paolo debió golpearse con fuerza la nuca contra el borde de la tina, o haber recibido

un impacto seco con algún otro objeto —su padre la miró, fulminante—. ¿Viste cómo Pierluigi...?

Rosella, que se encontraba de pie en la puerta, miró hacia alguien en el pasillo.

—¡Eso es mentira! —gritó Pierluigi, irrumpiendo colérico en la habitación. Al parecer había escuchado las últimas palabras de su padre.

¡Ella no había dicho nada! Tampoco había tenido intención de decir que a su hermano lo hubieran ahogado.

—¡Yo no estaba con Paolo! —gritó Pierluigi con voz enloquecida. Sus oscuros cabellos aparecían aun más revueltos, tenía los ojos rojos y los labios inusualmente pálidos—. Tú fuiste la última que estuviste con él —le chilló en la cara—, hiciste marcharse a Bianca y Ranuccio salió corriendo tras los perros. Así fue como ocurrió. Yo me fui a practicar esgrima.

Constanza miró hacia su madre, que se había vuelto hacia la ventana, y no se atrevió a soportar la visión de su padre. Lo que Pierluigi les había contado era mentira... o al menos, solo una media verdad. Quiso responderle, pero lo único que logró emitir fue un balbuceo impotente e incomprensible.

—De hecho, ¿por qué vas tan arreglada? —dijo su padre, volviéndose de nuevo hacia ella—. La *possesso* no es hasta mañana.

—Quería... quería probarme el vestido.

—¡La princesita vanidosa! Con semejante atuendo es evidente que no se puede dedicar a cuidar de sus hermanos, mucho menos cuando se están bañando —repuso el padre, agitando la cabeza con indignación.

Cuando su mirada recayó de nuevo sobre Paolo, las comisuras de los labios se le tensaron, los ojos se le llenaron de lágrimas y tomó a la madre entre sus brazos.

El secretario personal del prelado apareció por la puerta. Se convocaba una nueva reunión en el Vaticano, en la que el recién elegido Santo Padre llamaba a los cardenales para, como Constanza ya sabía, hablar sobre el desarrollo de la *possesso* del día siguiente.

—Es absolutamente imposible que falte —le dijo él a la madre con voz suave y cada vez más quebradiza—, por duro que eso me resulte. También mañana tendré que tragarme mi dolor, todos tendremos que hacerlo. No soy un cardenal cualquiera —continuó, tras una pausa—. Soy amigo de la familia Medici, y también podría haber sido elegido Papa... No se me permite guardar luto por mis hijos, mucho menos demostrarlo.

—¿De verdad crees que estarás en condiciones? —repuso la madre mientras se secaba los ojos con un pañuelo.

Durante un instante, él pareció hundirse en sus pensamientos.

—Los Medici han triunfado y, con ellos, todos los florentinos... Tengo que tener visión de futuro —el padre se estiró, irguiéndose todo lo alto que era—. Al fin al cabo Giovanni, o quizá sería mejor decir León, legitimará a mis hijos y confirmará nuestra heredad. Sin embargo, mis enemigos se frotarán las manos con malicia. Esos santurrones tendrán ya preparados sus discursos condenatorios.

A Constaza le dio la impresión de que prácticamente se había olvidado de Pierluigi y de ella, y que no prestaba atención ni a Rosella ni al expectante secretario. Posó la mirada en el grupo del Laocoonte, esa pequeña escultura de mármol que su amigo Miguel Ángel Buonarroti había realizado a imagen del famoso hallazgo artístico de la antigüedad para regalárselo específicamente a los padres de la muchacha. Se sustentaba sobre un pedestal de madera, junto a un relieve de la Sagrada Familia también de Miguel Ángel, y de un óleo de Rafael Sanzio que mostraba al cabeza de familia vestido con su púrpura cardenalicia y con el acta de legitimación en la mano.

—Tener hijos es una bendición... Y también una maldición —susurró de forma apenas inteligible, sin mirar a nadie.

—Pero Alessandro, ¡cómo puedes decir eso! —replicó la madre, con voz no mucho más sonora—. Nuestro Paolo era una auténtica bendición.

El padre la apretó contra sí.

El secretario, que aún aguardaba en la puerta, carraspeó vivamente, por lo que el padre soltó a la madre y dio muestras de reparar de nuevo en sus hijos.

—Rezad por el alma de vuestro hermano, que ha tenido que adentrarse en la eternidad sin las bendiciones de la santa madre Iglesia —dijo con voz débil—. Reflexionad y meditad sobre el significado de su muerte.

—Pero, ¿qué he hecho yo?

La voz de Pierluigi resonó furiosa y obstinada. Constanza tenía los ojos anegados en lágrimas. La madre se había dado la vuelta.

—¡No es culpa mía que Paolo muriera! —gritó Pierluigi—. ¡No es culpa mía!

Constanza no permaneció más tiempo en el estudio de su padre, sino que corrió a su habitación, se encerró de un portazo y se arrodilló ante el crucifijo colocado sobre el gran arca frente al que rezaba tres veces al día. Con voz ahogada, susurró:

—Perdona mis deudas, Padre mío, Redentor. Tú que moriste por nosotros, que fuiste torturado y martirizado, perdóname y líbrame de todo mal.